

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

20/2017

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Ignacio Olábarri Gortázar

*El universo carlista en la larga duración. Dos estudios de su principio y
su final (por ahora...)*

The Carlist Universe in the *longue durée*. Two Studies of Its Beginning and Its
End (for Now ...)

pp. 361-368

DOI: 10.15581/001.20.361-368



Universidad
de Navarra

El universo carlista en la larga duración. Dos estudios de su principio y su final (por ahora...)

*The Carlist Universe in the longue durée.
Two Studies of Its Beginning and Its End (for Now ...)*

IGNACIO OLÁBARRI GORTÁZAR

Universidad de Navarra
iolabarr@unav.es



Caspistegui, Francisco Javier y Luis Sierrasésúмага, *La muerte de un mito carlista. Zumalacárregui. Estudios preliminares y transcripción*, Pamplona, Sancho el Fuerte Publicaciones, 2017, 2 vols., LXXVII+19 pp. y 19 pp. ISBN: 978-84-944625-4-2

Vázquez de Prada, Mercedes, *El final de una ilusión. Auge y declive del tradicionalismo carlista (1957-67)*, Madrid, Schedas, 2016, 355 pp. ISBN: 978-84-16558-40-7.

Las dos investigaciones que presento en este informe son muy distintas entre sí y abordan dos cuestiones relacionadas ambas con el mundo carlista, pero separadas entre sí por más de siglo y medio de distancia. Baste ese dato para dar idea de lo complejo del fenómeno carlista y de las dificultades de los historiadores a la hora de estudiarlos en contextos tan diversos.

El primer estudio publica, en 17 páginas, «documentos diversos relacionados con la muerte del general Zumalacárregui y procedentes del entorno del fallecido, concretamente cuatro cartas y un parte informativo con la descripción del proceso desde la herida de bala recibida en el asedio a Bilbao, el recorrido hasta la localidad de Cegama y el fallecimiento». Los documentos forman parte «de un fondo documental perteneciente al que fuera mano derecha del general Zumalacárregui, José Anto-

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN 20 (2017): 361-368 [ISSN: 1139-0107; ISSN-e: 2254-6367]

361

DOI: 10.15581/001.20.361-368

nio Zaratiegui. En la actualidad se encuentra depositado en el Archivo Real y General de Navarra, sito en Pamplona» (p. LXXVII).

El estudio preliminar es obra del Doctor en Medicina Luis Sierrasesúmaga (Clínica Universidad de Navarra), que en ocho páginas (LXI-LXIX) nos ofrece un «Compendio de términos clínico-terapéuticos utilizados» en la documentación, precedido del estudio preliminar (pp. III-LX) del profesor titular de Historia Contemporánea de la misma Universidad, Francisco Javier Caspistegui, titulado «Zumalacárregui, un personaje carismático», más la bibliografía empleada por ambos autores (pp. LXXI-LXXVI).

El Dr. Sierrasesúmaga describe, con claridad y precisión, los términos clínico-terapéuticos que aparecen en los documentos publicados. El estudio del profesor Caspistegui merece, por su importancia, un comentario más extenso porque nos presenta uno de los primeros mitos del carlismo, el general Tomás Zumalacárregui, «el tío Tomás» o «Tomasi-co», como llamaban los navarros a su caudillo, que es a un tiempo un héroe y un personaje carismático. No son estos términos sinónimos, pero hay un elemento que puede resultar relevante para asociarlos: que, como escribe el profesor Ludger Mees, «un líder carismático sin una experiencia trágica durante el ejercicio de su liderazgo al frente de su pueblo difícilmente puede alcanzar el rango de héroe nacional»; y —precisa Caspistegui— «aun cuando no hablemos de nación en este caso, esa circunstancia trágica es el objeto del documento [del conjunto documental] que se publica ahora: su muerte» (p. v).

Caspistegui toma la expresión de «líder carismático» de Max Weber, Émile Durkheim y los estudiosos posteriores de su obra; también aprovecha algunas obras fundamentales de Chateaubriand (*Atala*, *René*) para presentarnos a Zumalacárregui como un personaje que se sale de lo normal en un tiempo de cambios, que es el tiempo del romanticismo o, también, de la crisis social y política del Antiguo Régimen, de la revolución. Porque —y esta es una idea que aparece muy frecuentemente en la obra reciente del profesor Caspistegui— también los movimientos de resistencia que surgen frente a la revolución y buscan impedir la consolidación de las novedades «acabaron asumiendo una parte significativa de esas mismas novedades que rechazaban» (p. XII).

El análisis del personaje carismático que acaba siendo Tomás de Zumalacárregui se hace no solo recurriendo a las fuentes y a los autores carlistas de su época, sino también y más aún, a las fuentes liberales y a

autores extranjeros como Henningsen, Chaho o Sabatier. A través de todos ellos y de otros como Auguet de Saint Sylvain, barón de los Valles, quien en 1835 escribió: «en el modo noble, franco a un tiempo y respetuoso con que se presentó a su Soberano [el pretendiente, Carlos V], se notaba alguna cosa imponente que traía a la memoria el modelo del antiguo carácter español». Lo excepcional, por tanto, no se contrapone a lo antiguo, a lo tradicional, pero sí genera fidelidad entre los seguidores del personaje carismático en cuestión, en este caso Zumalacárregui, sobre quien hay muchos testimonios de época de que «su liderazgo había conseguido transformar taumáticamente el barro de la materialidad que representaban los voluntarios, campesinos sobre todo —o, como escribe también el barón de los Valles, «había logrado disciplinar las guerrillas como si fuesen las mejores tropas de línea»—, en un ejército capaz de enfrentarse a tropas regulares de la Reina» (p. XIX).

Ese carisma de nuestro personaje se aprecia desde el lado liberal como un «carisma negativo»: Zumalacárregui es visto como el «rebelde», el «traidor», el «faccioso» por excelencia, porque la lucha entre ambos bandos establece una «esencial incompatibilidad» entre ambas partes: como escribía en 1834 un oficial de Vitoria, «es guerra sí de principios, guerra entre la ilustración y el partido retrógrado, de que hay secuaces en toda la nación, y cuyo teatro principal es Navarra y las Provincias Vascongadas» (pp. XXII-XXIII). Y otro de los rasgos extraordinarios que se le atribuyeron fue el de «dominar la naturaleza mediante conocimientos sólo al alcance de iniciados». Surge aquí el «marco geográfico agreste, que buscaba mostrar el aislamiento frente a los influjos externos y la pureza de los habitantes de las montañas», también del general carlista, él mismo un montañés (cf. XXIII-XXIV), visto por algunos extranjeros como Chaho, Somerville o Mackenzie como representación del elemento particularista e incluso independentista que llevaría a los nacionalistas del siglo XX a ver a los carlistas como una anticipación de su movimiento.

Después de otras ejemplificaciones del dualismo propio de la primera guerra carlista —de toda guerra, en realidad—, como el de montaña/tierra llana/ciudad, o héroe carlista/héroe liberal (el navarro Francisco Espoz y Mina, por ejemplo), Caspistegui analiza otros elementos del carisma señalados por Weber que él encuentra en su personaje, como «la sumisión extraordinaria [que suscita el líder], garantía de su efectividad, el reconocimiento libre y garantizado por actos, que deriva luego en adhesión personal» (XXVIII); o el «tipo de comunidad basada en el senti-

miento» a que da lugar el dominio carismático (p. XXXIV) o, finalmente, la «capacidad subversiva» del líder carismático. Si «el carisma es el gran poder revolucionario en épocas tradicionalistas», Zumalacárregui, que «en partes y proclamas hablaba de la necesidad de hacer frente a la revolución, que identificaba con aquella contra la que había luchado en 1808, en la guerra realista y al encabezar las tropas carlistas, fue, por tanto, revolucionario a la contra, luchó contra la modernidad que encarnaban las luces y sus consecuencias» (p. XL).

Por último, para nuestro autor, como hemos visto, es la muerte la que hace del líder carismático un héroe y la que da lugar a la consolidación legendaria del carisma. Como ha escrito George L. Mosse —al que cita Caspistegui—, «el romanticismo impregnó la poesía, “y con él lo hizo el legado de introversión piadosa, la búsqueda de absolutos, de elevación a iluminación espiritual”. Esta búsqueda de lo excepcional, señala el historiador alemán, tuvo buena parte de responsabilidad en la aparición de la figura de los voluntarios, arrastrados por una misión sagrada. Y uno de los ejemplos más conocidos de ese primer tercio del siglo XIX fue el de lord Byron y su lucha a favor de Grecia, un modelo extendido por Europa» (p. XLI) y que tal vez, apunta nuestro autor, se pueda aplicar al caso de Zumalacárregui, «pues probablemente el hecho que más contribuyó a realzar la fama del general carlista fue su muerte, en un contexto en el que el culto a los soldados caídos se estaba consolidando con fuerza» (pp. XLI-XLII).

Si el tratamiento que hace Caspistegui de la figura de Zumalacárregui es, a mi juicio, un excelente ejemplo de lo fructífera que es la relación teórica y práctica, concreta, entre la historia y las ciencias sociales —en este caso, la sociología y la psicología social—, el libro de la Dra. Vázquez de Prada, profesora agregada de Historia Contemporánea de la misma Universidad, es una importante contribución a la historia política tradicional, que estudia el desarrollo del tradicionalismo carlista durante el franquismo, más concretamente durante el periodo en el que es Jefe-Delegado del movimiento José María Valiente Soriano, entre 1957 y 1967.

En la introducción recoge Vázquez de Prada la bibliografía ya existente sobre su tema: las tesis doctorales de Aurora Villanueva, Francisco Javier Caspistegui y Manuel Martorell, los libros sobre Carlos Hugo de Borbón de «Javier Lavardin» (José Antonio Parrilla), Ramón Massó y Francisco Manuel de las Heras y el de José Carlos Clemente, *El carlismo contra Franco*, además de otras aportaciones parciales.

Una norma habitual que sigo en mi lectura de todo tipo de obras es la de empezar leyendo el cuerpo del libro y dejar para el final la de las presentaciones o prólogos que le puedan preceder. En este caso dicho procedimiento permite conocer la obra de la Dra. Vázquez de Prada antes de pasar por el fielato de Luis Hernando de Larramendi y Stanley G. Payne, pero al mismo tiempo nos deja hasta el final con la incógnita de por qué este libro no incluye un apartado final de conclusiones.

Vamos por partes. *El final de una ilusión* se organiza en cinco largos capítulos, cada uno de los cuales estudia un bienio y se divide en muy numerosos apartados internos, precedidos de la introducción a la que ya hemos hecho referencia y seguidos de un epílogo dedicado a explicar qué son la Fundación Ignacio Hernando de Larramendi Montiano y el Premio Internacional de Historia del Carlismo Luis Hernando de Larramendi y las circunstancias en que se concedió dicho Premio, en su XIV edición, al libro de la Dra. Vázquez de Prada, *ex aequo* con otro, también publicado en 2016 por Alfredo Comesaña, sobre la tercera guerra carlista en Galicia y Norte de Portugal.

Aunque no es el único archivo que la autora maneja, no cabe duda de que el hilo del que más tira a lo largo de sus páginas es la documentación conservada en el archivo personal de José María Valiente, disponible en la actualidad en el seno del Archivo General de la Universidad de Navarra (AGUN). La gran aportación de Vázquez de Prada es la de narrar pormenorizadamente los acontecimientos que marcan la trayectoria del tradicionalismo carlista entre 1957 y 1967: desde el cambio de táctica que supuso la sustitución de Manuel Fal Conde en la Jefatura-Delegada del movimiento en 1955, después de casi dos décadas de tenaz oposición al franquismo desde posturas muy cercanas al integrismo, a lo que significó el nuevo Jefe-Delegado, nombrado en 1957 por el Regente de la Comunidad Tradicionalista don Javier de Borbón-Parma, que fue una nueva política de colaboración con el régimen de Franco.

Esta política no deja de encontrar oposición dentro del carlismo y prueba de ello es el atentado personal que Valiente sufre el 25 de julio de 1957, el día siguiente a su primera entrevista con Franco. Pero la división dentro del tradicionalismo no se limita a los javieristas partidarios o no de la cooperación con Franco: también hay que contar con los partidarios de la llamada Regencia Nacional de Estella (RENACE) creada en 1958 por Mauricio de Sivatte, que rompe con don Javier porque se opone radicalmente a la política de colaboración; y no faltan los partidarios de Car-

los VIII de Habsburgo-Borbón, fallecido en 1953, y después de su hermano el archiduque Antonio, que nombró nuevo jefe nacional al navarro Antonio Lizarza.

Sin embargo, la política de don Javier y de Valiente durante los años cincuenta y sesenta encuentra otras dificultades más importantes: en primer lugar, la opción de una parte importante de los tradicionalistas por la rama dinástica que representaba el conde de Barcelona, opción que se escenifica sobre todo en el acto de Estoril de 1957; en segundo término, la preferencia del propio Franco por la dinastía que gobernó España hasta 1931, y en particular por el hijo del conde de Barcelona, don Juan Carlos de Borbón y Borbón, que se pudo educar dentro del país y que en 1969 fue nombrado por el dictador sucesor a título de Rey; por último, la propia acción política del heredero de don Javier de Borbón-Parma, don Hugo —o don Carlos Hugo, si se quiere; en cualquier caso, un príncipe que nunca antes de 1975 vio reconocido su derecho a la nacionalidad española—, quien, en primera línea de la política carlista desde 1956, acabará, a partir de 1962 y de un modo más nítido después de su matrimonio con Irene de Holanda, con el apoyo de sus «secretarios» (Massó, Zavala, etc.) y de los miembros de la AET y del MOT —Movimiento Obrero Tradicionalista¹—, apoyando una «nueva versión de la ideología del carlismo» (p. 253) que como mínimo se presenta en oposición al franquismo y en favor de la democracia y más adelante se mostrará partidaria del federalismo y del socialismo autogestionario.

Desde mediados de los años sesenta, y como bien pone de manifiesto la Dra. Vázquez de Prada, las tensiones se suceden en el campo tradicionalista-carlista. Son muchos los sectores que se muestran en contra de la nueva política; si el Primer Congreso Carlista (Valle de los Caídos, febrero de 1966) devolvió al carlismo a la oposición, con Valiente a la cabeza (pp. 274-275), poco después se vuelve aparentemente a la colaboración con Franco, mientras la tensión entre tradicionalistas y renovadores se agrava, hasta, a partir de 1967, fragmentarse la Comunión en dos tendencias, la renovadora, dirigida por los secretarios de don Carlos y, en primer término, por José María Zavala, que ya desde septiembre de 1966 es el nuevo Secretario General de la Comunión, y la tradicionalista,

¹ Sobre la AET y el MOT, ver Josep Miralles Climent, *Estudiantes y obreros carlistas durante la dictadura franquista. La AET, el MOT y la FOS*, Madrid, Ediciones Arcos, 2007.

encarnada por Valiente, que en diciembre de 1967 presenta a don Carlos la dimisión de su cargo de Jefe-Delegado.

Antes de intentar explicar por qué la profesora Vázquez de Prada no termina su libro con unas conclusiones, hay un último punto importante que ella estudia tanto en el libro como en un artículo que publicará la revista *Investigaciones Históricas*, y es el impacto del concilio Vaticano II, y más concretamente la declaración conciliar sobre la libertad religiosa. La nueva postura eclesial sobre la libertad religiosa se mostrará como el argumento más importante en contra de la constante doctrina tradicionalista —que apoyó siempre también don Javier de Borbón-Parma y, desde luego, Manuel Fal Conde, tan cercano al integrista— en favor de la defensa de la unidad católica como elemento fundamental de la esencia nacional de España; dicho de otro modo, la defensa de la sociedad tradicional que hace el carlismo pierde su fundamento cuando se desvanece su base doctrinal-religiosa. No existen ya posibilidades de resucitar más que un tradicionalismo laico que pronto se verá «reinterpretado» por el nuevo carlismo federalista y socialista autogestionario: lo que Stanley Payne —ahora sí conviene traerlo a colación— considera que es la «singularidad final del carlismo, o del pseudocarlismo, como el único movimiento en la historia del mundo que pasó de la extrema derecha a la extrema izquierda» (p. 20).

Conviene traer a colación el prólogo de Payne porque, dentro de su brevedad, en él encontramos una exposición lúcida de la historia del carlismo y el más prestigioso elogio del libro: «hay que agradecer a Mercedes Vázquez de Prada por haber desenterrado toda la documentación necesaria para detallar con precisión esta etapa clave de la historia del carlismo. La última fase del carlismo verdadero» (p. 21). Y, por último, conviene traer también aquí la presentación que del libro hace Luis Hernando de Larramendi, Presidente de la Fundación que otorgó un premio internacional a este libro, cuando afirma que «era plenamente consciente de que el tema que se proponía tratar la profesora Vázquez de Prada era tan delicado por su proximidad al momento actual (...) y por lo doloroso del periodo para quien se haya sentido o se sienta identificado con la causa carlista, dada la descomposición y rivalidades que se produjeron, con el triste resultado de tantas defecciones y tanta fragmentación» (p. 12). Lo que escriben Payne y Hernando de Larramendi es, seguramente, lo que, por delicadeza, no quiere indicar Vázquez de Prada en las conclusiones que faltan en su libro.

INFORMES Y ESTADOS DE LA CUESTIÓN

Estamos, por tanto, ante un importante libro sobre la más reciente historia del tradicionalismo carlista. Únicamente siento—son detalles de muy pequeña importancia— que no se hayan consultado otras fuentes, por ejemplo, las hemerográficas, para conocer los resultados de los carlistas en las elecciones a procuradores familiares de 1967; también, que las dudas que al lector le suscitan algunas siglas como las que aparecen en la nota 459, p. 169, o en los pies de fotos de las ilustraciones, no se hayan resuelto. Por último, desearía que las personalidades de los principales personajes que aparecen en el libro (José María Valiente, José Luis Zamaniño, Manuel Fal Conde, don Javier, don Carlos, Ramón Massó, etc.) hubieran aparecido mejor delineadas.